

Si alguno de esos principios tutelares fuera desconocido, la sociedad se derrumbaría toda entera. Ambos fueron establecidos en el principio de los tiempos. Un jefe vestido de pieles de oso, armado de una hacha de pedernal y de una espada de bronce volvió con sus compañeros al cercado de piedras donde las criaturas de la tribu estaban encerradas con los rebaños de mujeres y de rengíferos. Traían con ellos á las jóvenes y á los jóvenes de la tribu vecina, y también piedras caídas del cielo, que eran preciosas porque con ellas se hacían espadas que no se doblaban. El jefe subió á un montículo, en medio del cercado, y dijo: «Estos esclavos y este hierro, que he arrebatado á hombres débiles y despreciables son míos. El que ponga sus manos sobre ellos sufrirá el golpe de mi hacha». Tal es el origen de las leyes. La significación íntima de ellas es antigua y bárbara. Y porque la justicia es la consagración de todas las injusticias, es por lo que aquella infunde confianza á todo el

mundo. Un juez puede ser bueno, porque los hombres no son todos malvados; la ley no puede ser buena, porque es anterior á toda idea de bondad. Los cambios que se han introducido en ella en la sucesión de los tiempos, no han alterado el carácter original. Los juristas la han hecho sutil y la han dejado bárbara. A su ferocidad misma es á lo que debe el ser respetada y el parecer augusta. Los hombres son propensos á adorar á los dioses malos, y lo que no es cruel no les parece venerable. Los justiciables creen en la justicia de las leyes. No tienen una moral distinta de la de los jueces, y piensan, como ellos, que una acción castigada es una acción castigable. Muchas veces me he imaginado al ver, en la policía correccional en la Corte de Asises, que el culpable y el juez están perfectamente de acuerdo sobre las ideas del bien y del mal. Uno y otro tienen las mismas preocupaciones y una moral común.

ANATOLE FRANCE

Las nuevas capas sociales

El pastor Emlein, encargado del curso de instrucción religiosa en una escuela primaria de Mannheim (Baden), tuvo una idea, análoga á la practicada por Ferrer en su famosa Escuela Moderna de Barcelona, dió el siguiente tema á sus alumnos de ambos sexos: «¿Qué utilidad reporta la religión?» exigiendo contestación por escrito.

Conviene advertir que los consultados son niñas y niños de trece á catorce años, que han seguido los cursos religiosos y los demás escolares durante ocho años y que han salido ya de la escuela.

M. Emlein ha publicado el siguiente resultado en las *Notas mensuales para la religión protestante*:

Los consultados fueron 104. De ellos 66 comenzaban su respuesta por una frase como esta: «La religión no tiene generalmente ningún valor», y 58 de éstos añadieron esta nota explicativa:

«porque no se necesita en el curso de los negocios».

Solamente 25 alumnos respondieron que «La religión tiene alguna utilidad», pero la mayor parte limitaron esa concesión añadiendo: «cuando se llega á la ancianidad, —cuando se sufren contrariedades, —cuando se está en el extranjero».

13 respondieron que «la religión debe ser conocida, porque es la palabra de Dios, y sin ella el hombre no va al cielo».

11 afirmaron que «La religión es una tontería, que da bellas promesas á las gentes para hacerlas olvidar sus miserias, pero no las cumple jamás».

De 49 niñas, 2 se manifestaron ateas; las demás hablaron de la utilidad de la religión sin fundarse en un razonamiento. Generalmente se redujeron á casos bien especificados: «Cuando se pasan grandes apuros, —cuando se está